

# UN DEBATE VALÓRICO

## A DEBATE ON VALUES

**D**ando un ejemplo familiar para los arquitectos, Marx explica la necesidad de un tercer elemento – un medio – para establecer una relación de valor entre mercancías: «Para calcular y comparar las áreas de figuras rectilíneas» – dice el filósofo – «las descomponemos en triángulos. Pero el área del triángulo se expresa por algo distinto de su figura visible: a saber, la mitad del producto de su base multiplicado por su altura». Luego agrega: «Del mismo modo, los valores de intercambio de las mercancías deben poder expresarse en términos de algo común para ellas, del cual representan una cantidad mayor o menor» (Marx, 1867[1990]:127). Es decir, para establecer esta relación de valor entre cosas distintas,  $a$  y  $b$ , es necesario abstraer las cualidades de ambas y hacerlas equivalentes a un tercer factor  $x$ . Así,  $a = x$  y  $b = 2x$  nos permite saber que  $a$  vale la mitad que  $b$ .

El medio más común para establecer esta relación de valor es el dinero. Es el  $x$  que vincula a  $a$  y  $b$ . De ahí que la economía sea la que arbitra el concepto de valor: el conocimiento de los medios de intercambio le da la condición de juez sobre el valor de las cosas, tal como el conocimiento de las leyes permite a los abogados ser jueces respecto al comportamiento. El problema, como siempre, aparece cuando los medios se transforman en fines.

Tanto en la arquitectura como en la ciudad sabemos mucho de esto. Un suelo con un antiguo edificio sobre él ( $a$ ) tiene un valor de mercado  $x$ . Al construir una torre ( $b$ ), ese suelo pasará a tener un valor de mercado de  $15x$ . Aquí, multiplicar el medio ( $x$ ) se ha convertido en el fin y el suelo, que es el mismo, pasa a ser también un medio para extraer plusvalía. Esa operación, tan banal y simple como se aprecia, es la base sobre la que se calcula el valor del suelo urbano.

Pero podemos complejizarla. Por ejemplo, ponderando la valoración social del antiguo edificio respecto de la nueva torre. O estableciendo el valor educativo del edificio histórico. Y así sucesivamente. Probablemente los economistas se resistan a incluir otros factores en la ecuación de valor, pues es lógico que intenten defender un reino de autonomía donde mantienen el conocimiento de las pocas variables que consideran. Pero es una discusión necesaria, ya que el *statu quo* en este tema sólo va en desmedro del entorno.

Esto no sólo es culpa de los economistas. Los arquitectos tampoco hemos hecho mucho. No hemos sabido explicar – hacia afuera – en dónde reside el valor de lo que hacemos y por qué valoramos lo que valoramos. Porque como el valor es fruto de una relación social – una negociación – nos falta la contraparte (tal vez no la consideramos por miedo a que, si lo hacemos, nuestra

**B**y presenting an example quite familiar to architects, Marx explains the need for a third element – a means – to establish a value-relationship between commodities: “In order to calculate and compare the areas of rectilinear figures” – the philosopher says – “we decompose them into triangles. But the area of the triangle itself is expressed by something totally different from its visible figure, namely, by half the product of the base multiplied by the altitude.” Then, he adds: “In the same way the exchange values of commodities must be capable of being expressed in terms of something common to them, of which they represent greater or less quantity” (Marx, 1867[1990]:127). That is, in order to establish this value-relationship between different things,  $a$  and  $b$ , it is necessary to abstract the qualities of both to make them equivalent to a third-factor  $x$ . Thus,  $a = x$  and  $b = 2x$  lets us know that  $a$  is worth half of  $b$ .

Money is the most common means to establish this value-relationship. It is the  $x$  that links  $a$  and  $b$ . That is why economy arbitrates the concept of value: knowledge about the means of exchange gives it the status of judge over the value of things, in the same way that knowledge of the law allows lawyers to be judges regarding behavior. The problem, as usual, is when means become ends.

We know a lot about this, both in architecture and the city. An urban-land plot with an old building on it ( $a$ ) has a market value  $x$ . When building a tower on the site ( $b$ ), that urban-land plot will have a market value of  $15x$ . Here, multiplying the means ( $x$ ) has become the end, and the plot, which is the same, also becomes a means to extract surplus value. As banal and simple as it may seem, this operation is the basis on which urban-land value is calculated.

Still, we can make it more complex. For instance, by considering also the social value of the old building with regards to the new tower. Or by establishing the educational value of the historic building and so on. Perhaps the economists would be reluctant to include other factors in the value equation since it is obvious that they would try to defend a realm of autonomy, keeping the knowledge of the few variables it considers. However, it is a necessary discussion because the *status quo* on this subject only goes to the detriment of the environment.

Yet, this is not only the economists' fault. We, the architects, have not done much either. We have not been able to explain – outwards – where the value of what we do lies and why we value what we do. Since value is the result of a social relationship – a negotiation – we are missing a counterpart (maybe we are afraid that, if we include it, our elite position would vanish). Until we do it, the (insufficient but 'objective') economic logics will

posición de elite se esfume). Mientras no lo hagamos, las (insuficientes pero 'objetivas') lógicas económicas seguirán pesando más que nuestros (complejos pero desarticulados) argumentos arquitectónicos.

Este número de ARQ es un intento por articular esa complejidad. En el portafolio vemos una subasta en la que se remata polvo. La conversación entre los miembros de Architecture Lobby explora los distintos conceptos de valor ligado a la arquitectura como profesión. El proyecto de DS+R & Rockwell Group nos permite ver las transferencias de valor no declaradas. Barclay & Crousse muestran que el valor arquitectónico y el de suelo no son incompatibles. Shvartzberg investiga la creación de un índice de tasación inmobiliaria. Pérez y Quintanilla demuestran que una intervención nueva puede revalorizar el patrimonio. Gil explica los debates sobre el valor urbano tras un terremoto. Franch revaloriza el paisaje al deshacerse de la arquitectura. Correa despliega las nociones de valor en Tafuri. Grandeza presenta una instalación arquitectónica con una nueva escala de valores sociales. Kovacs propone que, en arquitectura, el valor no depende del precio. Graw intenta definir, en doce tesis, dónde reside el valor del arte. Finalmente, en el debate se encuentran dos posturas respecto al paradigmático caso de la Villa San Luis. Así, cada artículo presenta distintas lecturas sobre el valor que complejizan su definición.

Pero si en una sola revista logramos presentar tantas lecturas distintas (y seguro hay muchas más), ¿por qué nos parece tan natural y aceptamos casi sin resistencia que lo que hacemos se valore sólo en función del dinero? ¿Habrá algo más que podamos hacer desde la arquitectura para balancear la hegemonía de la economía a la hora de establecer el valor? Tal vez sí.

Marx también nos dice que el valor de *a* no se desprende de su intercambio por otra *a*. Es necesario enfrentarla a algo distinto (*b*) para que el valor aparezca. Es decir, el valor no es una condición intrínseca: sólo emerge en el encuentro con la diferencia. Esto significa, por ejemplo, que el valor de la arquitectura sólo se puede encontrar fuera de ella. No es que la arquitectura no tenga valor ni que carezca de un campo específico; es sólo que, si queremos establecer su valor, debemos ponerla en relación a otra cosa. En otras palabras, el valor de la arquitectura no se puede establecer desde una posición de autonomía: supone, más bien, sentarse a negociar o salir a dar el debate valórico. Nos gustaría que este número de ARQ fuera un paso en esa dirección. **ARQ**

continue weighing more than our (complex but disjointed) architectural arguments.

This issue of ARQ is an attempt to articulate that complexity. In the portfolio, we see an auction in which what is auctioned is simply dust. The conversation between the Architecture Lobby members explores several concepts of value linked to architecture as a profession. The DS+R & Rockwell Group project allows us to see undeclared value transfers. Barclay & Crousse show that architectural and real estate values are not incompatible. Shvartzberg investigates the creation of a real estate index. Pérez and Quintanilla demonstrate that a new intervention can revalue the heritage. Gil explains the debates about urban value after an earthquake. Franch revalues landscape by getting rid of architecture. Correa displays the notions of value in Tafuri. Grandeza presents an architectural installation with a new scale of social values. Kovacs proposes that, in architecture, value does not depend on the price. Graw attempts to define, in twelve theses, where the value of art lies. Finally, in the debate, we have two positions regarding the paradigmatic case of Villa San Luis. Thus, each article presents different readings on value that complicate its definition.

But if we have managed to present so many different readings on value in a single issue (and there are certainly many others), why does the fact that what we do is only valued in terms of money seem so natural to us – so that we accept it with almost no resistance? Is there anything else we can do from architecture to balance the hegemony of economy when it comes to establishing value? Maybe so.

Marx also tells us that the value of *a* does not derive from its exchange for another *a*. It is necessary to relate it to something different (*b*) for value to appear. That is, the value is not an intrinsic condition: it only appears in the encounter with difference. This means, for instance, that architecture's value can only be found outside. It is not that architecture has no value or lacks a specific field; it is just that, if we want to establish its value, we must put it in relation to something else. In other words, architecture's value cannot be established from a position of autonomy: it implies, rather, sitting down to negotiate or going out to hold a debate on values. We would like this issue of ARQ to be a step in that direction. **ARQ**

---

## Referencias / References

MARX, Karl. *Capital: a critique of political economy*. Vol. 1 "The Process of Capitalist Production". London: Penguin Classics, 1990 [1867].